

FERNANDO J. ALBURQUERQUE

Los que no regresan

El pasado es solo una piedra para alzarse a mirar.

IRENE TREMBLAY, «Mañana»;
banda sonora de la película *Madrid*, 1987



Esta historia está llena de mentiras, de encuentros casuales, de miradas elocuentes, de llamadas telefónicas, de secretos inconfesados, de notas manuscritas bajo la puerta, de palabras olvidadas, de recuerdos oportunos, de piezas de puzle que parecen no tener que ver entre sí y que, al final, aunque resulte difícil de creer, encajan como encajan los dedos de la mano izquierda entre los de la mano derecha cuando se entrelazan para rezar. Es decir, está plagada de todas las irregularidades de las que está llena la vida y que, por recurrentes, nos hacen a todos iguales, que son recurrentes porque son verdad y que son verdad porque ocurren. Irregularidades que impregnan todo, se cuelan hasta el último de los rincones del pensamiento y ayudan a orientarnos. Esta historia está llena de todas esas cosas, sí, pero yo la voy a relatar tal y como sucedió, porque esas cosas pasaron y nada las va a cambiar, de igual modo que nada puede cambiar quién soy yo, por poco o mucho —más bien poco— que me guste.

Me llamo Ben Vargas, soy detective privado, tengo el corazón endurecido por la vida y, qué le vamos a hacer, también soy un poco borracho.

El encargo que desencadenó los acontecimientos posteriores me llegó una fría y lluviosa noche de enero, mientras contemplaba distraído el tráfico que descendía por el carril elevado que conectaba la glorieta de Carlos V, cerca de la estación de Atocha, con el puente de Praga, sólido bastión del atasco eterno sobre las hediondas aguas del Manzanares. Hoy en día, esas ennegrecidas moles de hormigón han ido desapareciendo de Madrid, pero en el invierno

de 1987 todavía servían para desatascar el tráfico en algunos puntos, como por ejemplo Cuatro Caminos, la ramificación desde Atocha hacia el suroeste o el puente de Vallecas, creando una falsa sensación de verticalidad que desembocaba con hastío en la duplicación innecesaria de tubos de escape y rugidos de motor. Por muchos pisos de asfalto que el Ayuntamiento quisiera apilar, Madrid no era una ciudad vertical, ni entonces ni ahora, sino horizontal, apegada al terruño castellano sobre el que se asienta, devoradora de metros del extrarradio, lenta tejedora de un mapa alocado que crecía poco a poco con el paso de los días. Una acumulación de rascacielos, por ejemplo, se antojaba inimaginable, un apósito innecesario y desagradable, difícil de justificar, que habría de verse relegado por fuerza a una esquina borrosa de sus límites. Tan prisionera era de su grávida naturaleza que el Ayuntamiento tuvo que desistir y dismantelar los carriles elevados, y ceder a los conductores una porción más grande del hermoso cielo que cubre la ciudad.

No recuerdo por qué estaba a esas horas en la oficina, aunque probablemente fuera para no acabar acodado en la barra del San Gil una vez más. Cuando me acompañaban las fuerzas para rechazar los cantos de sirena de mi local de referencia, prefería quedarme allí, mirando por la ventana del quinto piso del número 16 del paseo de Santa María de la Cabeza, apartamento alquilado desde hacía más de diez años a modo de cuartel general. La visión descendente del tráfico entre las luces de la ciudad tenía la virtud de calmarme los nervios, pero también me predisponía un poco al aburrimiento, lo que me hacía abandonarme a la que yo llamaba mi «botella de oficina», un Lagavulin de dieciséis años que guardaba dentro de su primorosamente etiquetada caja de madera en el primer cajón del escritorio.

Había desarrollado un gusto exquisito para saborear el whisky, y de entre todos ellos prefería el escocés puro de malta, *single malt*, decía la etiqueta, elaborado en una sola barrica de una sola destilería, como un brebaje de hechiceros que no debiera mezclarse con nada más, a riesgo de quedar contaminado, impuro. Me gustaba imaginar el contenido de la botella de Lagavulin como la sudoración de un animal mítico que solo se pudiera encontrar en los rocosos acantilados del mar del Norte, burbujeando durante dieciséis largos años en un caldero del que salía convertido en un líquido

denso y ambarino, caliente, con sabor a humo. De las Tierras Altas de Escocia directamente a mi estómago ansioso sin escalas intermedias. Un privilegio que me hacía sentir bien cuando lo bebía, o por lo menos no demasiado mal, una excusa a la que echaba mano con tal de no afrontar una terapia de desintoxicación.

La otra excusa que me ponía para tener allí la botella de oficina era impresionar a los clientes, si bien en mi fuero interno sabía perfectamente que solo era una patraña, una de las muchas mentiras que nos contamos para superar el curso del día. No es fácil irse a la cama cuando estás solo y no piensas lo mejor de ti mismo, algo que era la razón principal para que cada noche naufragara en el San Gil. Los recuerdos, tanto los buenos como los malos, tenían la mala costumbre de aparecer entonces, cuando estaba tumbado de espaldas en la cama y lo único que quería era que me ganara el sueño. La bebida ayudaba a acelerar el trámite, qué duda cabe, además de otros relacionados con mi labor profesional. Me consideraba un buen detective y, contra lo que se pudiera pensar, un estado de ligera embriaguez podía conducirme a lo que yo denominaba «la epifanía», el culmen de la investigación, el clímax, la cima, el momento más satisfactorio: saber quién había hecho qué, cuándo, cómo y por qué. Lástima que la mayoría de las veces esas cosas no fueran más que alquilar una habitación en un motel barato para encontrarse con el amante de turno.

El timbre de la puerta me sacó del ensimismamiento con su voz de alarma antes de arrojarme de vuelta a la realidad de la que con tanto gusto me evadía. ¿Qué me quedaba por ver? Después de veinticinco años de profesión me había encontrado en toda clase de situaciones, más y menos peligrosas, había descubierto a los seres humanos en sus peores versiones —rara vez en las mejores—, y había recorrido Madrid de punta a cabo hasta conocerla como la palma de la mano, hasta entender que, igual que yo era parte de ella desde aquel día de 1939, poco antes de que pasaran los nacionales, en que mi madre me trajo al mundo en una ruinosa clínica de Santa Engracia devastada por tres años de guerra y resistencia, ella, Madrid, también era parte de mí.

Remy, mi ayudante, repetía constantemente que me las daba demasiado de sabelotodo, de perro viejo apaleado por las circunstancias

—«¿No le resulta embarazoso parecer un tópico andante, jefe?», me solía decir en broma—, y que debería mantenerme con los ojos bien abiertos porque la vida te puede sorprender en cualquier momento. Desde luego, aquella vez tenía razón.

Al abrir la puerta me encontré a una mujer rubia de mediana edad, con los ojos de color violeta como Elizabeth Taylor, el cabello húmedo y largo pegado a las sienes y cubierta por un oscuro, caro y pesado abrigo de piel. Me miró con expresión intensa durante dos segundos, tiempo en el que pude percibir que un ligero rubor le aparecía en las alabastrinas mejillas.

—¿Es usted el señor Vargas?

—Así es.

—Me llamo Edén... —Hizo una pausa, como si necesitara tomar impulso— Velázquez de Aranoa.

Los largos apellidos rimaban estruendosamente con el abrigo de piel y la suavidad de su forma de hablar, presagio de una educación esmerada, forjada en los colegios más caros, también los más estrictos.

—Bonito nombre. No esperaba que el paraíso viniera hoy a visitarme.

—¿Puedo pasar?

La señora Velázquez hizo caso omiso de la broma, quizá harta de oírla una y otra vez.

Le indiqué la dirección del despacho con un gesto de la mano y la seguí por el largo pasillo, apenas un metro por detrás de sus tenues andares. Caminaba muy recta, despacio, con los hombros erguidos y las dos manos unidas frente al cuerpo que sostenían un brillante bolso de nácar negro. Tras ayudarla a quitarse el abrigo y colgarlo del perchero, le ofrecí la silla frente al escritorio y contemplé con gusto cómo depositaba delicadamente su esbelta figura, envuelta en unos pantalones beige de talle alto y una blusa de lino carmesí, sobre el asiento, que emitió un casi imperceptible bufido. Alrededor de la garganta, una gruesa colección de perlas volvía a dar cuenta de que me encontraba ante una mujer a la que había que tratar con cuidado.

—Tiene el pelo mojado. Lluve.

Lo dije para romper el hielo, dándome cuenta de que había pasado las dos últimas horas mirando a través de la ventana sin alcanzar a atisbar la lluvia.

—Si hubiera sido una pregunta en lugar de una afirmación le habría hecho parecer muy estúpido. —Sonrió, conciliadora—. Supongo que parecer estúpido no es la mejor carta de presentación de un detective, ¿no cree?

—Por eso me cuido muy mucho de preguntar, prefiero dejar que la gente hable por sí misma. —Le devolví la sonrisa—. Por ejemplo, ahora podría preguntarle por qué ha venido a verme, pero estoy seguro de que me lo va a contar de todos modos.

Asintió con gravedad antes de proseguir.

—Mi marido ha desaparecido.

Lo dijo con dificultad, atragantándose con las palabras: la señora Velázquez parecía apesadumbrada de veras.

—Lo siento. —Quizá el Lagavulin le facilitara las cosas—: ¿Quiere beber algo?

Negó con la cabeza.

—¿Fuma?

Le alargué el arrugado paquete de Ducados que escondía en el bolsillo interior de la americana.

Con un gesto brusco del cuerpo abrió el bolso sobre el escritorio y sacó una delgada pitillera plateada de la que, a su vez, extrajo un alargado Marlboro. Encendí mi pitillo tras encender el suyo y ambos dejamos que el olor a tabaco negro y a tabaco rubio se mezclaran en una nube grisácea entre nosotros.

—¿Hace cuánto?

—Diez días.

—¿Ha alertado a la policía?

—Sí. —Lo dijo con un vacío exhausto en los ojos violetas.

—¿Le han dado alguna pista?

—No. —Se llevó el Marlboro a los labios y le dio una larga calada; después expulsó el humo hacia el techo, deshaciéndose por el camino en volutas danzarinas—. Creo que las circunstancias me obligan a recurrir a usted.

Tenía una voz redonda, aterciopelada y grave, que parecía no verse afectada por el vicio de fumar. «Los beneficios de elegir el tabaco rubio», pensé.

—Espero que no tenga que arrepentirse. —La miré fijamente durante unos segundos. Me sostuvo la mirada sin inmutarse, tan

inmóvil como durante el resto de la conversación—. ¿Quiere que yo lo encuentre?

—Quiero que averigüe todo lo que pueda averiguar. —Bajó los ojos y redujo la voz a un hilo entristecido—. ¿Cree que es demasiado tarde?

—Depende. —Expulsé el aire alquitranado del Ducados que almacenaba en la boca—. ¿Es la primera vez que se va sin avisar?

—Sí.

Probablemente era demasiado tarde. Ese tipo de casos solía terminar con un nuevo vecino —con pasaporte falsificado— en una de las islas del Caribe o bien con un funeral; su marido tenía todas las papeletas para engordar las filas de los que no regresan.

—Veremos. —Aplasté el cigarrillo contra el pesado cenicero de cristal que tenía sobre el escritorio—. Señora Velázquez, ¿le puedo preguntar dónde vive?

—En la calle de Castelló.

El barrio de Salamanca, el barrio aristocrático que los Borbones decimonónicos promovieron para que Madrid se pareciera un poco a París, la ciudad donde vivían sus destronados primos franceses. El barrio que albergaba a la mayoría de los ricos de abolengo de Madrid, algunos de ellos buenos clientes de mis servicios, dado que solían vivir existencialmente perturbados por asuntos de cuernos.

—¿No le da miedo venir sola a un lugar tan lejano?

—Los taxis llegan a todas partes, señor Vargas, en un sentido y en otro.

—Quizá el taxi no sea el transporte más seguro para una mujer como usted.

—¿Qué podría hacerme el taxista a mí que no pudiera hacerle a cualquier otra mujer?

—Cobrarle de más, por ejemplo.

—Como se puede imaginar —señaló el pesado abrigo de pieles, colgando como un animal muerto del perchero—, el dinero no es un problema.

—Tuve esa impresión desde el principio. —Sonreí, y ella me devolvió la sonrisa—. ¿Quién le ha hablado de mí?

—Bueno, ya sabe, este y aquel. El nuestro es un mundo muy pequeño, señor Vargas.

—¿Quiere decir el mundo de los ricos?

Creí percibirle un nuevo rubor en las mejillas.

—Sí, supongo que a eso me refiero. —Permaneció silenciosa mientras aplastaba el cigarrillo en el cenicero y se encogía de hombros—. No puedo evitar tener dinero.

Ahora fuimos ambos quienes nos llamamos a la vez. El humo, el porte aristocrático y la cuenta bancaria formaban una extraña barrera entre los dos, barrera que yo percibía, pero que por algún extraño motivo no consideraba insalvable. La presencia de Edén Velázquez de Aranoa en mi despacho, con sus perlas y sus luminosos ojos de color violeta, no suponía una amenaza, sino más bien un misterio que desentrañar más allá del paradero de su marido: el misterio de su quietud y de sus agodanosos silencios.

—Hay algo que me inquieta: ¿por qué ha tardado tanto tiempo en venir a verme?

—Tengo algunas novedades, un descubrimiento que me ha convencido a dar el paso.

Adelantó el torso hacia el escritorio para rebuscar en el bolso, del que sacó una cinta de casete y una pequeña y sucia tarjeta de cartón en la que alguien había escrito, con letra apresurada, la palabra «Martín» y una dirección cercana a la glorieta de Cuatro Caminos. Depositó ambos objetos sobre el escritorio, la tarjeta encima de la cinta, y me los aproximó deslizándolos con un dedo.

—¿Qué hay en el casete?

—No lo sé, no lo he escuchado. No me llevo bien con los aparatos electrónicos.

—¿Por qué dice que son un descubrimiento?

—Los encontré en un lugar extraño entre las cosas de Ramón. —Su nombre, al fin; hasta entonces había evitado decirlo, como si le provocara apuro—. Dentro de un sobre gris oculto en el cajón de los calcetines.

Así que había llegado hasta ahí, señora Velázquez, a rebuscar en los cajones donde el servicio ordenaba la ropa interior de su marido. Las mujeres de su extracción solo hacen esas cosas cuando están locas de celos, es decir, cuando están completamente enamoradas.

—¿Lo ha compartido con la policía?

—No.

—¿Está segura de que prefiere seguir con esto, sin consultar más con ellos? Profesionalmente debo aconsejarle que lo haga.

—Estoy segura.

—Podría recomendarle un par de nombres dentro del cuerpo.

—Se lo agradezco, pero voy a arriesgarme.

Una mujer fuera de lo corriente, no cabía duda. La gente tiende a hacerse una idea equivocada de la policía. Van al cine y ven a esos agentes con gorra y pistolas en la mano que persiguen sin descanso a los malos. Pero la verdad es que a la policía le gusta llevar una vida tranquila, igual que a todo el mundo. Su objetivo es resolver los problemas, clasificarlos, escribir un informe, archivarlo junto a otros informes y olvidarse del tema. Los delincuentes lo saben y actúan en consecuencia, algo que Edén Velázquez de Aranoa parecía saber también.

—Le adelanto que mis honorarios no son baratos, precisamente.

—Empiezo a sospechar que no le apetece trabajar. —Hizo un mohín hastiado. Manifestó cierto aire de altivez, de arrogancia; esa actitud que termina con una orden o un grito, tan común en quienes están habituados a tratar con subordinados—. Como le he dicho antes —iba a volverse de nuevo hacia el abrigo, pero pareció darse cuenta de que se repetía y se detuvo a medio camino, un poco azorada—, el dinero no es un problema. —Se inclinó hacia la mesa y me alargó uno de los bolígrafos desperdigados sobre la superficie—. Escriba la cifra en un papel y dóblelo; le prometo que no lo miraré hasta llegar a casa.

Así lo hice, extrañándome de lo pudorosos que resultan los ricos cuando tratan de dinero con alguien que no pertenece a su misma clase. Tras tendérselo, contemplé cómo introducía en el bolso, con los ojos bajos, el papelito plegado en cuatro, midiendo milimétricamente el avance de los dedos como si temiera incumplir su reciente promesa.

—¿Acepta el caso, señor Vargas?

—Solo un par de cosas antes de responder: ¿les gusta viajar juntos?

Me cuidé mucho de utilizar el tiempo pasado.

—Lo hacemos muy de tarde en tarde: los negocios de Ramón lo atan a España. —Reflexionó antes de continuar—. ¿Por qué lo dice?

—Me preguntaba si hay algún destino que a su marido le guste especialmente, uno en el que no le importaría pasar más tiempo del que le permiten sus obligaciones.

—Ya veo. —Se le agrió el gesto de repente, al tiempo que un fugaz destello de inteligencia daba cuenta de que había entendido el desalentador fondo de mi pregunta—. No debería decir esto, pero el cosmopolitismo no es una de las virtudes de Ramón: no puedo imaginarlo demasiado tiempo en ningún país extranjero.

Me clavó los ojos de Elizabeth Taylor durante unos largos segundos; me sentí ligeramente intimidado mientras cierto alivio profesional me relajaba el estómago: saber que no tendría que ir muy lejos para resolverlo me motivaba a aceptar el caso; era poco probable que el desaparecido hubiera decidido cambiar de aires.

—Y, por último: ¿qué cree «usted» que le ha pasado a su marido?

Me miró con las cejas levantadas mientras fruncía los labios alrededor del pequeño círculo en el que había reducido la boca, componiendo la expresión de desconcierto más creíble que había contemplado en los últimos tiempos.

—Sinceramente, no lo sé.

Abrí el cajón, saqué un contrato estándar y se lo alcancé por encima del escritorio.

—Lléveselo, léalo y, si está de acuerdo con las condiciones, firmelo y me lo trae. Antes de marcharse, ¿hay cualquier otro dato que crea que puede serme útil?

Hojeó el contrato, como si estuviera decidiendo si llevárselo o arrojármelo a la cara. Al final, lo dobló cuidadosamente y lo metió en el bolso junto al papelito donde figuraban mis honorarios. Se quedó pensativa durante unos segundos, tratando de encontrar algún detalle que, entre los turbulentos acontecimientos que le habían ocupado los días anteriores, pudiera ser relevante. Al cabo, me dijo que Ramón se reunía todas las semanas con dos amigos —me proporcionó los nombres—. Tres días antes de desaparecer, a uno de ellos —puntualizó cuál— le dio un infarto cerebral. Aunque era muy mayor, había sobrevivido, pero se había quedado prácticamente paralizado: no podía hablar, ni apenas moverse.

Por desgracia, pasaría en una silla de ruedas lo que le quedaba de vida.

—¿Por qué cree que es relevante? —pregunté.

—No lo sé —se encogió de hombros—, es lo primero que me ha venido a la cabeza.

Tras encogerse de hombros de nuevo con un gracioso gesto, se incorporó de la silla de piel y se dispuso a marcharse. La acompañé hasta la puerta y allí nos despedimos sin más palabras, con un apretón de manos al que ella respondió de manera inmediata con una firmeza que yo no podía anticipar. De vuelta al despacho, dentro de la vaharada apestosa del Ducados, me olí la mano en busca de restos del aroma de aquella mujer inesperada, trazas que respondieran al eco paradisíaco de su nombre. No encontré ninguna.

Había llegado el momento de la botella de oficina, de mi fiel compañero Lagavulin.